

Sentados a la mesa del comedor, quizá por última vez en la vida, esperando el golpe mortal de la tormenta roja, Ariana recordó el día en que conoció a Tuyén.

Era el único recuerdo que podía aliviarla en esa noche en que, tarde o temprano, la desmemoria se apoderaría del mundo.

La desmemoria, leyó Ariana al “gugulear” la palabra en Internet, era algo así como un vacío de imágenes y de palabras, un agujero que se abría en la mente y por el que rodaban los recuerdos como moneditas que caen a la profundidad de un pozo.

Cuando el huracán rojo alcanzara la Tierra, ni ella ni nadie podrían acordarse de las cosas

que se recuerdan siempre, las buenas y las malas: excursiones al Yunque, cumpleaños en la playa, regalos de Navidad, besos en el cine — el primero que le dio Mateo la tarde que vieron *Star Trek*—, ni siquiera se acordarían de los sueños. Nada de nada.

8 Aquel día, después de “gugulear” la palabra *desmemoria*, empezó a fallar la cobertura de la Internet, se fue la luz y dejaron de transmitir los canales de televisión. Eso quería decir que el huracán había llegado a las altas capas de la atmósfera, interfiriendo con los satélites y quizá destruyéndolos. Fue lo primero que le explicó su papá, que era programador de computadoras. Lo segundo que dijo era que no había modo de saber cómo se afectarían a largo plazo las comunicaciones (primero dijo “las ondas electromagnéticas”, pero Ariana no lo entendió) y de qué manera se despertaría el mundo cuando hubiera pasado aquel descomunal ciclón.

Llevaban días viendo cómo el cielo se iba poniendo rojo, pero ahora la tormenta parecía

estar encima de ellos. La ventolera que llegaba a ratos, la lluvia anaranjada y el miedo de los animales, hasta el de los pequeños pájaros que se escondieron, no dejaban lugar a dudas.

